

El Libro de narraciones interesantes

LO QUE ESTA HISTORIA NOS CUENTA

La ciudad de Méjico ha dado origen a muchas y extrañas leyendas que datan de la época de la colonización española. Son tradiciones genuinas que se han ido transmitiendo verbalmente a través de las generaciones por la gente sencilla.

Se comentan todavía estas leyendas con ferviente entusiasmo, tanto entre la gente instruída, como entre la iletrada, y como se refieren estas tradiciones con el calor de la fe, muy fácilmente prenden en los corazones impresionables.

LEYENDAS DE LA CIUDAD DE MÉJICO

LA LEYENDA DE DOÑA BEATRIZ

Vivía en la ciudad de Méjico una hermosa joven, Doña Beatriz, de tan extraordinaria belleza, que era imposible verla sin quedar rendido a sus encantos.

Contábanse entre sus muchos admiradores la mayor parte de la nobleza mejicana, y los más ricos potentados de Nueva España; pero el corazón de la bella latía frío e indiferente ante los requerimientos y asiduidades amorosas de sus tenaces amantes. Y así pasaba el tiempo; pero, como todo tiene un término en la vida, llegó el momento en que el helado corazón de Doña Beatriz se incendió en amores.

Ello fué en un fastuoso baile que daba la embajada de Italia.

Allí conoció Doña Beatriz a un joven italiano, Don Martín Scípoli, de esclerosis y noble estirpe.

La indiferencia de Doña Beatriz fundióse entonces como la nieve bajo de la caricia de los rayos solares, y sintióse la hermosa poseída de un nuevo sentimiento, en tanto que el joven por su parte, se había también enamorado profundamente.

Poco tiempo después, Don Martín se mostró excesivamente celoso de todos los demás adoradores de la hermosa Doña Beatriz, promoviendo continuas reyertas y desafiándose con aquellos que él suponía pretendían arrebatarse sus amores. Y tan frecuentes eran estas querellas, que Doña Beatriz estaba afligida, y en su corazón comenzó a arraigar el temor de que Don Martín sólo se había enamorado de su hermosura, de modo que, cuando ésta se marchitara, moriría el amor que ahora le profesaba.

Esta preocupación embargó su mente y amargó su vida en forma tal, que decidió tomar una resolución terrible, poniendo a prueba el amor de su galán. Y al efecto, en el deseo de saber si Don Martín la quería sólo por su belleza, un día en que su padre se hallaba de viaje, con un pretexto despidió a todos sus criados para quedar sola en su casa.

Encendió el brasero que tenía en su habitación, colocando en frente la imagen de Santa Lucía, y ante la cual rezó fervorosamente para pedirle le concediera fuerza y valor con que poner por obra su propósito. Después, atándose ante los ojos un pañuelo mojado, se inclinó sobre el brasero, y soplando avivó el fuego hasta que las llamas rozaron sus mejillas. Luego metió su hermosa cara entre las ascuas.

Terminada esta terrible operación, cubrió su rostro con un tenue velo blanco y mandó llamar a Don Martín. Una vez en su presencia, apartó lentamente el velo que le cubría el rostro, mostrándose al galán desfigurado por el fuego; solamente brillaban en todo su esplendor sus hermosos ojos relucientes como las estrellas. Por un momento su amante quedó horrorizado contemplándola. Luego la estrechó en sus brazos amorosamente. La prueba había dado un resultado feliz, y durante todos los años de su dichoso matrimonio, Doña Beatriz no volvió a sentir el temor de que Don Martín sólo la amara por su hermosura.

LA ORGULLOSA SEÑORA QUE DIÓ UN SALTO MORTAL EN LAS CALLES DE LA CIUDAD

Cuando Méjico se hallaba todavía bajo el dominio de España, residía en aquella capital un rico comerciante retirado ya de sus negocios, llamado

El Libro de narraciones interesantes

Don Mendo Quiroga y Suárez. No obstante su gran fortuna, por todos envidiada, su vida era triste y solitaria y sus tesoros no fueron nunca bastantes, con ser inmensos, a comprarle un amor que endulzara su amarga ancianidad.

Para mitigar sus penas envió a buscar a una hija de su difunta hermana, que debía acompañarle en su soledad. La joven era hermosa, vana, egoísta y muy coqueta. Aunque se mostraba extremadamente agradecida y satisfecha por el lujo y comodidades que le prodigaba su tío, no por eso llegó a quererle ni se esforzó en hacerle la vida más agradable. Vistiendo trajes de riquísimos encajes y terciopelos, distraía sus ocios paseándose en el coche de su tío, luciendo orgulosamente su riqueza y hermosura, que bien pronto sedujo a más de cuatro enamorados mancebos. Pero Doña Paz recibía despectivamente cuantas atenciones le prodigaban sus rendidos admiradores, en la certeza de que, al morir su tío, sería ella la mujer más rica de Méjico.

Y así fué, efectivamente, aunque bajo ciertas condiciones que hirieron su orgullo en lo más vivo. En el largo testamento en que Don Mendo la llamaba siempre «mi querida sobrina», legábale todas sus propiedades; pero al final del documento se insertó una cláusula, que debía indispensablemente cumplirse antes de que Doña Paz pudiera disponer de un centavo de la cuantiosa herencia.

El testamento decía así:

«Y la condición que ahora impongo a mi querida sobrina, es la siguiente: Ataviada con su mejor traje de baile y luciendo sus joyas más preciadas, se encaminará en coche abierto y en pleno mediodía a la Plaza Mayor. Allí descenderá del carruaje y se situará en el centro de la plaza, inclinando humildemente al suelo la cabeza, y en esta posición deberá dar un salto mortal. Y es mi voluntad que, si mi querida sobrina Paz no cumple precisamente con esta condición dentro de los seis meses del día en que yo fallezca, no perciba ni un solo centavo de mi herencia. Esta

condición la impongo a mi querida sobrina Paz, para que, en la amargura de su vergüenza, considere las angustias que yo sufrí por sus crueldades durante mis últimos años».

Herido tan vivamente su orgullo por esta imposición testamentaria de su tío, Doña Paz se encerró en las habitaciones de su palacio y nada se supo de ella durante los seis primeros meses, que transcurrieron desde la muerte de Don Mendo. Y, el mismo día en que finaba el plazo impuesto en el testamento, la gente de la ciudad contempló llena de asombro cómo las hermosas puertas de hierro fundido del palacio de Don Mendo, girando lentamente sobre sus goznes, abrían paso al majestuoso carruaje, en cuyo interior lucía esplendorosamente Doña Paz su más rico traje de baile y sus valiosas alhajas. En su pálido rostro, los hermosos ojos, entornados los párpados, miraban humildes. De este modo la orgullosa mujer marchó a la Plaza Mayor, luciendo su gentileza y rico atavío por las calles más céntricas de la capital, atestadas de gente. En llegando al término de su viaje, se apeó del coche, y precedida de sus criados, que cuidaron de abrirle paso entre la compacta muchedumbre, avanzó hacia el centro de la Plaza, donde sus servidores habían colocado una mullida alfombra sobre las baldosas. Allí en el mismo centro y en presencia de todos, dió el salto mortal que exigía el testamento de su tío y heredó su fortuna, después de haber humillado, amarga y vergonzosamente, su indomable orgullo.

LA MUJER HERRADA

Vivía en la ciudad de Méjico un buen sacerdote, acompañado de su ama de llaves.

Un herrero, el mejor amigo del buen capellán, desconfiaba instintivamente de la vieja ama de llaves, y así hubo de decírselo al cura, instándole repetidas veces para que la despidiera, aunque el sacerdote no llegó nunca a hacer caso de tales advertencias y consejos.

Una noche, cuando ya el herrero se había acostado, llamaron a su puerta

Un profesor sugestionable

violentamente, y al abrir encontróse con dos hombres de color que llevaban una mula. Aquellos hombres rogaron al herrero que pusiera herraduras al animal, que pertenecía a su buen amigo el sacerdote, quien había sido llamado inopinadamente para emprender un viaje.

Satisfizo el herrero el deseo de los desconocidos herrando la mula; y, cuando se alejaban, tuvo ocasión de ver que los indios catigaban cruelmente al animal.

Intrigado e inquieto pasó la noche el herrero, y a primera hora del día siguiente se encaminó a casa de su buen amigo el sacerdote. Largo rato estuvo llamando a la puerta de la casa, sin obtener respuesta, hasta que el capellán fué a franquearle el paso con ojos soñolientos, señal evidente de que acababa de abandonar el lecho en aquel instante.

Enterado por el herrero de lo que sucedió aquella noche, le manifestó que él no había efectuado viaje alguno ni tampoco dado orden para que fueran

a herrar la mula. Después, ya bien despierto, se rió el buen capellán muy a su gusto, de la broma de que había sido objeto el herrero. Ambos amigos fueron al cuarto del ama de llaves, por si ésta estaba en antecedentes de lo ocurrido.

Llamaron repetidas veces a la puerta, y como nadie les contestara, forzaron la cerradura y entraron en la habitación.

Un vago temor les invadía al franquear el umbral y una emoción terrible experimentaron al hallarse dentro del cuarto.

El espectáculo que se ofreció ante sus ojos era horrible. Sobre la cama ensangrentada, yacía el cadáver de la vieja ama de llaves que ostentaba, clavadas en sus pies y manos, las herraduras que el herrero había puesto la noche anterior a la mula.

Los aterrorizados amigos convinieron en que la desdichada mujer había cometido un gran pecado, y que los demonios, tomando el aspecto de indios, la habían convertido en mula para castigarla.

UN PROFESOR SUGESTIONABLE

UNOS escolares que habían fracasado en su intento de conseguir de su profesor un día de asueto, se hallaban cavilando sobre el ardid que emplearían para conseguirlo.

—Si pudiéramos hacerle creer que se halla enfermo—dijo el mayor de los escolares—acabaría, seguramente, por estarlo de veras.

Aceptada la proposición y puestos de acuerdo, al entrar al día siguiente en la escuela, cada uno de ellos fué a saludar al maestro y le dijo.

—Buenos días; lamento mucho que se encuentre usted enfermo.

—¡Cómo enfermo! ¡Si nunca estuve mejor!—contestó al primero que se lo dijo.

Pero tanto llegaron a influir en su ánimo las mismas palabras repetidas por todos los alumnos, que al poco rato cerró su libro, y después de despedirlos a todos, marchóse corriendo a su casa.

Por este medio consiguieron los muchachos un día de fiesta; pero al

siguiente día, al llegar a la escuela, encontraron la puerta cerrada.

—¿Estará realmente enfermo el maestro?—dijo uno de ellos. Sería conveniente que fuéramos a su casa a enterarnos.

Así se acordó y por el camino encontraron a un hombre que les dijo que le maestro se hallaba en cama con bastante tos y con fiebre.

—Seguidme—dijo el mayor de los chicos—y haced lo que yo haga.

Les condujo a la habitación del maestro, y acercándose al paciente, le dijo:

—Buenos días, señor, ¿con que ya se encuentra usted restablecido?

—¿De veras?—dijo el maestro, pero he estado muy malo.

—No señor—dijeron los muchachos—además, ahora ya está usted bien, y lo que debería hacer, es levantares y dar un paseo.

—Quizás tengáis razón—díjoles el enfermo.

Y levantándose salió a la calle; a las pocas horas se hallaba completamente restablecido.